

Carta a Natalia

Querida Natalia, te escribo desde el fondo de mi corazón. Me uno a los miles de hombres y mujeres que quieren acompañarte en estos días, en que junto a tu madre, la incombustible Erika, van a levantar la palabra para buscar la verdad y la justicia por Alfonso y otros compañeros de origen francés.

Esta carta la he estado escribiendo hace 35 años, cuando escuchamos en las noticias, en la mentira, en el verano del 75, la muerte de tu padre, mi compañero de liceo. En aquella noche, junto a mi viejo Edmundo y mi Violeta, lloramos. Estábamos en Las Cruces y eran nuestras primeras vacaciones después del Golpe. De aquel entonces, quise escribirte para contarte de los días felices que vivimos con Alfonso. En mi afán de que Alfonso nunca esté desaparecido. Olvidado.

Natalia, tu padre era el mejor de todos nosotros. Junto a su ejemplo de consecuencia y de soñador, era un entusiasta de la vida. Debo decirlo, malazo para el baile y peor para el fútbol, donde daba bote. Tampoco integró nuestra farándula teatrista de la cual éramos devotos y practicantes. Nunca fue un candidato para el Coro del liceo tampoco. A cambio, era bueno para el básquet, donde tenía una finta que engañaba siempre a los rivales. Entiendo que jugaba en un gimnasio cerca de su casa en Gran Avenida. Las minas –y que me perdone la Erika- se volvían locas por sus ojos y sus encantos. Tenía un buen verbo y era gran lector. En el viaje de estudios, varias cayeron a sus hechizos. Ídolo... El muy maricón se dejaba las mejores.

Recuerdo que nuestra primera estación fue Puerto Montt y esa misma tarde salimos en bote – con las más bonitas, por supuesto- al Llanquihue...hasta que cayó la noche y la vuelta estuvo cruzada por remar a oscuras. Fue una odisea. Debut y despedida por botarnos a campeones. Algo parecido nos pasó en Calbuco donde nos bañamos en calzoncillos – nos creíamos “*los choritos de las pampas*”- y que tuvimos que salir arrancando cuando una tonina (un delfín) nos salió a acompañar con sus saltos y sus gracias. Creo que esa tarde batimos el record de estilo libre de natación de vuelta a la orilla.

Más de alguna vez nos fuimos a pasar fines de semana a Mirasol a la casa de sus padres, tus abuelos, al “*Shangri-La*”, como la llamaban. Donde todos nos enamorábamos de tu tía (mayor que nosotros) que lucía unos biquinis atractivos.

Jornadas de pocas horas de sueño y de irreverencias. De largas conversaciones de lo divino y lo humano. De los sortilegios y de confesiones que solo uno es capaz de decir las cuando es quinceañero. Hablamos de la muerte, de tu bisabuela que se hizo atea en el momento de fallecer. De que escuchábamos el pájaro “Tue-tué”, quien lo escuchaba tenía escrita la visita de la *Pelá* a corto plazo. Recuerdo, en aquel entonces, un compañero, que después resultó paco y represor, que se cagó entero de miedo.

Íbamos a Algarrobo en largas caminatas, donde asaltábamos las chacras de choclos y que luego comíamos con mermeladas, según una mentira polaca que les inventaba. O del campeonato de

quién meaba más lejos caminando en la carretera, a lo cual, uno de los participantes nos advertía del peligro de afectar nuestros riñones. Debo decirte que caso omiso hacíamos a tal recomendación.

A veces íbamos a Tunquén, que era un balneario salvaje en aquel entonces. En esos parajes nos bañábamos en pelotas en un acto de libertad plena. Recuerdo con especial nostalgia el cielo azul del mediodía. Era una luz maravillosa que he guardado como un extraño talismán. Todos corriendo como niños, gritando, al entrar al mar, quedando con los cocos congelados y diminutos, que no requiere mayor comentario.

Alfonso tenía la virtud de ser un hombre de izquierda amplio en los gustos musicales. Era bien poco canuto. En ese tiempo, los compañeros integraban el grupo “Ranquil” y eran bien integristas. Con el compartíamos el gusto por los grupos ingleses y norteamericanos. Nos sentíamos algo hippies. Nos gustaba el pelo largo, por lo cual, más de alguna vez nos criticaron los profes. Recuerdo habernos prestados discos. El siempre estaba en la primera línea de los últimos hits pop.

La última vez que nos vimos fue en dictadura. Fue en una noche, tarde. Seguramente, andábamos en pasos de organizar nuestro derecho a la libertad. Tomamos la misma liebre, la “7”, la Vivaceta-Plaza Ñuñoa. Cruzamos nuestra miradas y nos sonreímos. Y como se recomendaba, nos hicimos los tontos. Para mí era importante que supiera que yo estaba en la lucha, en la resistencia. Que estaba en Chile, que no pensaba renunciar a mis sueños y a nuestra dignidad. De alguna manera su ejemplo, su consecuencia, me inspiraba. Se bajó en Colón con Vivaceta y lo vi alejarse hacia al oriente.

Natalia, tu padre sigue entre nosotros. Cagado de la risa como cuando hacíamos campeonatos de chiste. Cuando perdí a mi hijo, Pablo, de 18 años, hace exactamente 16, en un día como hoy, aprendí que uno no debe dar por muertos, menos de desaparecidos, a sus seres queridos. Aprendí que viven entre nosotros. Como en este resplandor de nuestros años de liceo que vivimos y que hoy te dejo en la puerta de tu casa. Como si fueran claveles rojos. Que no tengo duda se debe repetir en la risa de tus hijos. En las ganas de seguir haciendo proyectos para cambiar el mundo en todos nosotros.

Entre la gente de izquierda, muchas veces, discuten acerca por qué luchan. Los más puritanos rasgan vestiduras por la justicia social, con lo cual deben tener razón. No obstante, me atrevo a aventurar que tu padre, como otros héroes de nuestro tiempo, lucharon por la alegría, por el sentido divino de la vida amable, cotidiana, con música, baile y basquetbol. Con la recurrente idea de entrar al mar gritando aunque el agua esté helada y se reduzca la preciada virilidad.

Natalia te escribo para decirte que te quiero y que tengas fuerzas en estas horas duras del proceso que viven en Francia. Tienes una madre mágica y maravillosa que es un ejemplo para todos. Estamos orgullosos de ustedes.

el felipedelaparra